

## TARROS DE BOTICA

Albarello

Siglo XVIII

30 x 10,5 cm.

Arcilla con aditivos

Nº de Inv. 236

Orza

Siglo XVIII

13 x 8 cm.

Arcilla con aditivos

Nº de Inv. 256

Monasterio de Santa M<sup>a</sup> de Montederramo, Ourense

El Museo conserva una interesante colección de cerámica de época moderna en la que destacan por su importancia documental, junto a la de otros monasterios orensanos, las orzas y albarelos de la antigua botica de Montederramo.

Las primeras noticias que tenemos de esta botica datan de finales del siglo XVIII. Con anterioridad se sabe, por mandas testamentarias, de la existencia de una enfermería y, junto a ella, suponemos de la existencia de una pequeña botica. De ella se encargaba el monje especiero, que era el encargado de plantar, recoger y seleccionar las plantas de los herbarios y montes próximos que, una vez puestas a secar al sol, entraban a formar parte de las infusiones, jarabes y pociones de las que se servían monjes y aldeanos. Entonces la farmacia era una rama más de la medicina y una ciencia empírica. Fue a finales del siglo XVIII cuando comienza a funcionar como despacho público, con libro de cuentas independiente, servida por un monje con título de boticario como disponían las ordenanzas dictadas por Carlos III de 1780. Sabemos, por los inventarios que se realizaron en virtud de las disposiciones desamortizadoras de 1820, que su botica, como en casi todos los monasterios, se encontraba en la portería, ocupando las dependencias bajas de la zona norte del claustro de la hospedería; que las medicinas se despachaban a través de una pequeña ventana enrejada para no perturbar la clausura; pero poco más, ya que nada se dice de su contenido ni de su botamen. Pocos años después ya no debía de existir, si nos atenemos a la información que nos proporciona el segundo

inventario que se realiza en 1835 y en el que sólo se cita el lugar que ocupaba, sin entrar en más detalles. Sin embargo, por los inventarios de otros monasterios, suponemos que contendría todo lo necesario para su funcionamiento como balanzas, redomas, cajonería, morteros, además de orzas y albarelos, encargados a los alfares de Talavera, como lo testimonian estas piezas.

Las primeras noticias documentales que tenemos sobre esta loza datan de comienzos del siglo XVI, alcanzando enseguida un gran predicamento entre sus contemporáneos. Son numerosas las obras literarias e históricas que citan esta cerámica en términos elogiosos, sobre todo después de las disposiciones del Duque de Lerma sobre la necesidad que tenía la hacienda pública de ahorrar plata y, consecuentemente, el aumento del empleo de vajilla de cerámica por parte de nobles y monasterios. Así, entre sus mejores clientes se encontraban la Casa Real y las ordenes religiosas que demandaban una gran cantidad de vajilla, lebrillos, orzas y albarelos y demás enseres.

El albarelo es el bote típico de farmacia, tiene forma cilíndrica y suele llevar una tapadera. Los más antiguos para proteger su contenido se cubrían con pieles curtidas, telas de lino o papel. Se emplean desde muy antiguo en farmacia para contener medicinas líquidas o semilíquidas, pero no siempre tuvieron ese uso. Desde el siglo XVIII se utilizan exclusivamente para contener medicinas, pero también fueron utilizados por especieros y barberos. Las orzas se empleaban para contener raíces o cortezas, pero su uso no es exclusivo de las boticas.

Desde el punto de vista técnico la pasta de la cerámica de Talavera está bien trabada, su barro es ligeramente rosado y presenta una buena cocción. Las piezas van siempre esmaltadas con un baño de barniz que contiene una gran proporción de estaño, lo que le proporciona su característico fondo blanco. Aunque su producción se remonta al siglo XII, su época de máximo esplendor fue el siglo XVI; es en este momento cuando rompe con la tradición hispano-musulmana y se abre al mundo del renacimiento y a las influencias de la porcelana china. A finales del siglo XVIII las piezas pierden sus referencias cultas, y los buenos pintores abandonan los alfares, quizás para trabajar en las manufacturas de la seda o en las diferentes fábricas que por entonces comienzan a funcionar impulsadas por la corona; su decadencia se acrecentará con la fundación por el conde de Aranda de la Real Fábrica de Alcora.

El proceso desamortizador tuvo una importancia capital para la modernización de España y el saneamiento de la hacienda pública, sin embargo para la conservación de estos pequeños objetos, muchas veces considerados inútiles por las Comisiones de Amortización, no va a ser tan positivo. Las ventas no controladas por parte de los propios monjes, la tardanza en recogerlos, buscarles un sitio idóneo, y los distintos avatares por los que pasa cada pieza..., impide muchas veces su adecuada recogida. Sólo el afán y el celo de los miembros de la Comisión de Monumentos, creadas poco tiempo después, logra que estos bienes no se pierdan; son ellas las que luchan para que pasen a formar parte de nuestro Patrimonio y reviertan en la sociedad civil -objetivo último de la desamortización-, constituyendo en muchos casos los fondos iniciales de los Museos Provinciales.